

Centenari de la revolució rusa

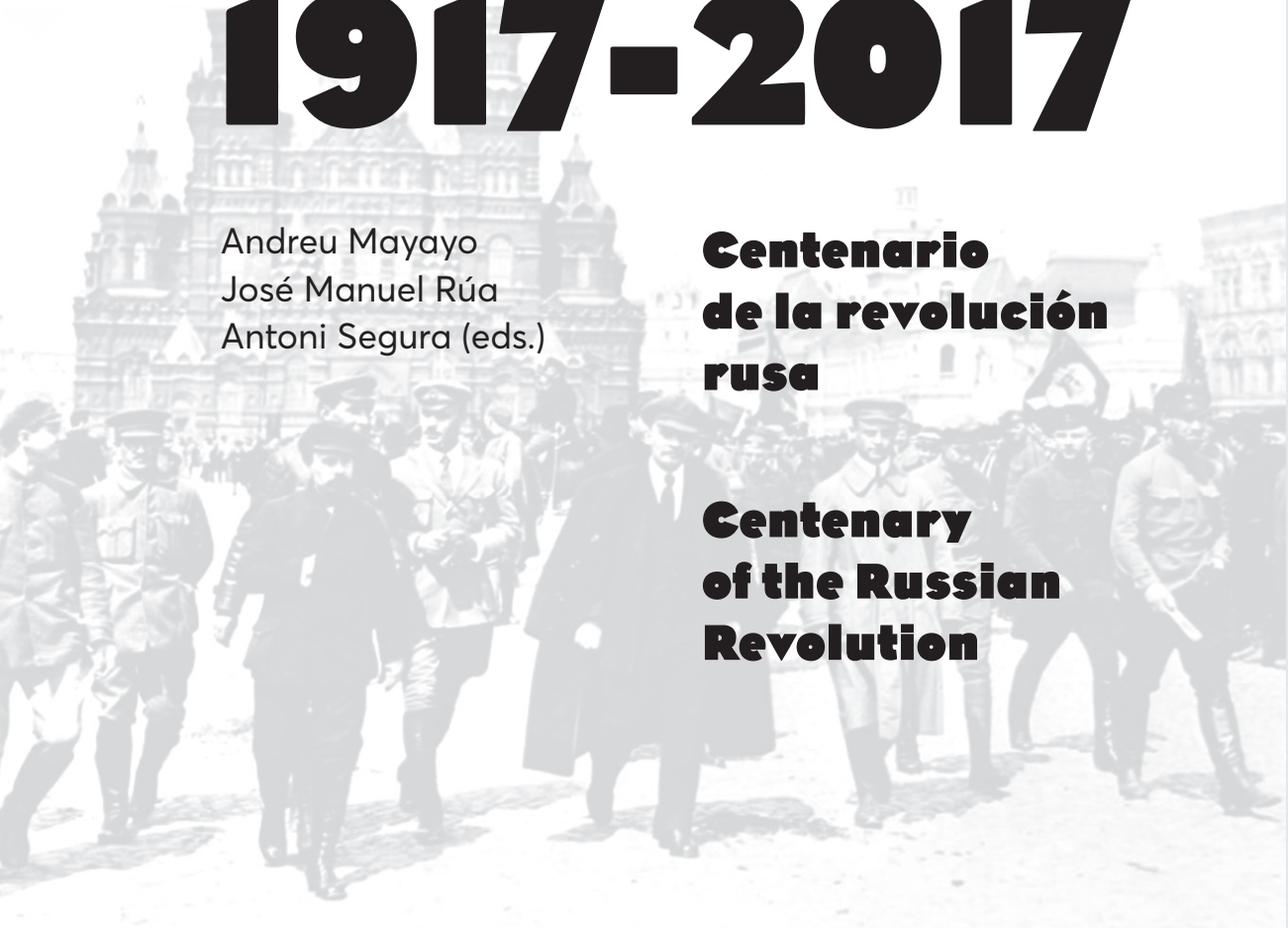


1917-2017

Andreu Mayayo
José Manuel Rúa
Antoni Segura (eds.)

**Centenario
de la revolución
rusa**

**Centenary
of the Russian
Revolution**



Sumari

Presentación. Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017): la Revolución que dio forma al siglo xx, por <i>Andreu Mayayo i Artal, José Manuel Rúa Fernández, Antoni Segura i Mas</i>	11
--	----

PONÈNCIES

ÁLVARO SOTO CARMONA, Entre el miedo y la esperanza. El impacto de la revolución rusa en España.....	17
ALBERTO PELLEGRINI, La última aventura del zarismo: Rusia y la Primera Guerra Mundial.....	41
JOSÉ MANUEL RÚA FERNÁNDEZ, Revolución y mundo del trabajo: del taylorismo soviético al estajanovismo estalinista.....	73
SERGE WOLIKOW, La révolution russe et l'Internationale communiste 1919-1929.....	91
ANDREU MAYAYO I ARTAL, Las miradas sobre la Revolución.....	113
PAOLA LO CASCIO, El miedo a la Revolución y el anticomunismo.....	131
ANTONI SEGURA I MAS, Les conseqüències de la desaparició de l'URSS.....	147
FRANCISCO VEIGA, En busca de un nuevo lugar en la historia. La Revolución en Rusia un siglo después, 1917-2017.....	161

COMUNICACIONS

JUAN MANUEL ALONSO GUTIÉRREZ, La didáctica de la revolución rusa a través del film <i>Rojos</i> (1981).....	179
LEONOR AMARO CANO, Prejuicios liberales en Cuba contra la revolución bolchevique, 1917 y 1930.....	191
RAMON ARNABAT MATA, Els testimoniatges vilafranquins de la revolució soviètica, 1931-1938.....	203
CARLOS JAVIER AVILÉS LÓPEZ, Un flamenco en la revolución rusa: la mirada desmitificadora en <i>El maestro Juan Martínez que estaba allí</i> , de Manuel Chaves Nogales.....	217
XAVIER BARÓ I QUERALT, «Los albaneses son peores que animales»: interpretaciones divergentes en Albania y en la URSS con motivo del LX aniversario de la revolución rusa.....	229

IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN, Declive y fin de la utopía socialista: <i>La casa Rusia</i> (1990) de Fred Schepisi	241
SOLEDAD BENGOCHEA, MARÍA CRUZ SANTOS, Las mujeres en la revolución rusa	253
CYNTHIA LUZ BURGUEÑO LEIVA, La revolución de las mujeres en la revolución rusa	263
JOSEP MARIA CAPARRÓS LERA, <i>Octubre y Rojos</i> : dos miradas sobre la Revolución, basadas en un mismo relato	275
RAÛL DIGÓN, Un futur socialista entre les runes de 1989: Gerald Cohen i la implosió soviètica.....	287
MARÍA PAULA GAGO, MERCEDES SABORIDO, De los ideales de «libertad y democracia» al «caos». El posicionamiento del diario argentino <i>La Nación</i> frente a la revolución rusa (1917)	299
MAGDALENA GARRIDO CABALLERO, Aproximación a la «emigración blanca» en Europa: fuentes y organismos de ayuda	313
ALFONSO GONZÁLEZ QUESADA, La Unión Soviética en la gráfica mural de la revolución cubana.....	325
EDGAR HERNÁNDEZ ESPINOZA, «Cara al campo»: campañas comunistas en el medio rural mexicano durante la década de 1920	341
GENNADI KNEPER, El mito y el creador: Serguéi Eisenstein y la representación cinematográfica de la historia.....	353
JOSÉ ÁNGEL LÓPEZ JIMÉNEZ, El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: el caso moldavo (1989-1994)	365
JUAN CRISTÓBAL MARINELLO BONNEFOY, La revolución rusa y los otros 1917 europeos.....	377
JUAN VICENTE MARTÍNEZ BAUTISTA, Sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la revolución rusa de 1917 y de la URSS.....	389
MARC MEDIR NAVARRO I TARROJA, Ernst Thälmann i l'impacte de la revolució russa a Alemanya.....	397
MIGUEL MONTERO FERNÁNDEZ, CARLOTA ÁLVAREZ MAYLÍN, La educación femenina en la revolución soviética	409
DAVID MORENO MUÑOZ, El ressò de la revolució russa als carrers de Barcelona.....	421
CÉSAR NAVARRO GALLEGOS, Miradas de la revolución rusa desde la revolución mexicana	431
GERARD PEDRET OTERO, La recepció del cinema soviètic en l'obrerisme català: el cas de l'anarcosindicalisme (1930-1936)	443
ANDREA REVELANT, The Spectre of «Red China»: The Northern Expedition and Japanese Public Opinion, 1926–1927	455

CAROLINA RÚA FERNÁNDEZ, Cuando la amenaza llegó del cielo. Una aproximación al cine de ciencia ficción en Estados Unidos durante la guerra fría.....	467
FRANCESC SÁNCHEZ BARBA, La guerra civil rusa a través del cinema de Nikita Mikhalkov	481
IVÁN SÁNCHEZ-MORENO, El canto de las sirenas. Influencia de la psicología en la construcción de un gusto musical soviético	493
CARLES VIÑAS GRACIA, Diplomàcia i propaganda. El futbol com a eina al servei de la revolució russa	505
ELISABET VIVES I REQUENA, Els miralls del 1917: problemes historiogràfics i comparativa de les Revolucions de Febrer i Octubre	517
ARTURO ZOFFMANN RODRÍGUEZ, «El bolchevique ruso era un semidiós»: el anarcosindicalismo español ante la revolución rusa, 1917-1923	529

Presentación
Que cien años no es nada...
Octubre (1917-2017): la Revolución
que dio forma al siglo xx

Andreu Mayayo i Artal

José Manuel Rúa Fernández

Antoni Segura i Mas

Centre d'Estudis Històrics Internacionals

Universitat de Barcelona

El pasado siglo fue, sin duda alguna, el siglo de la Revolución y más concretamente de la revolución rusa. Así lo ha recogido hace poco Josep Fontana en su último libro —*El siglo de la Revolución*— y, en buena medida, así lo entendía Eric Hobsbawm cuando hablaba del corto siglo xx, comprendido entre la Primera Guerra Mundial y la disolución de la URSS: dos extremos que también enmarcan a la propia Revolución, con la chispa —o, mejor dicho, la llamada bélica— que la provocó y el ocaso de su obra, con la desaparición de la denominada patria del socialismo. A partir de 1917, todo lo acontecido en el antiguo imperio zarista traspasará fronteras y sacudirá los cimientos de todo tipo de sociedades, con independiencia de su identidad nacional, credo religioso, estructura económica o institucionalización política. Los sucesos de Octubre servirán tanto de modelo como de fantasma al que se combatirá, e inspirarán y alentarán los conflictos, reformas, revoluciones y contrarrevoluciones que han dado forma al corto siglo xx.

De acuerdo con lo anterior, el Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona (CEHI-UB), en colaboración con la Comissió del Centenari de la Revolució Russa de 1917, concibió el pasado año 2017 la conmemoración del centenario del inicio de la Revolución como una magnífica oportunidad para recoger las aportaciones historiográficas relativas a dicho proceso, con la perspectiva histórica que nos brindan los cien años transcurridos, y ello dio lugar a la celebración de un congreso internacional, entre los días 25 y 27 del mes de octubre de 2017, en la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona.

Las aportaciones se enmarcaron dentro de siete líneas de trabajo que, además de poner de relieve la multitud de enfoques y factores que concurrieron en

la caída del zarismo, la creación de la URSS y su impacto a nivel internacional, sirvieron para estructurar el propio congreso. Todas ellas contaron con una serie de ponentes que, al contextualizar históricamente los diferentes ámbitos, introdujeron las ideas fuerza de cada temática y dieron paso al posterior debate, con el concurso de las respectivas comunicaciones. De este modo nos encontramos con los apartados sobre «Primera Guerra Mundial y Revolución» (con la ponencia a cargo de Alberto Pellegrini), «Revolución y mundo del trabajo» (José Manuel Rúa), «Mujer y Revolución» (Gemma Torres), «Las miradas cinematográficas de la Revolución» (Magí Crusells), «Las miradas sobre la Revolución» (Andreu Mayayo), «El miedo a la Revolución» (Paola Lo Cascio) y «La implosión de la Unión Soviética» (Antoni Segura).

El listado de participantes que enviaron sus comunicaciones incluía investigadores procedentes de universidades y centros de estudios de Portugal, México, Brasil, Argentina, Italia y Cuba, además de españoles. En la inmensa mayoría de los casos, los trabajos sobre la revolución rusa presentados y debatidos mostraban un desplazamiento del foco de interés hacia el impacto de los acontecimientos en realidades geográficamente alejadas del mundo soviético. Cien años después de Octubre, el congreso evidenció un interés creciente, no tanto por las causas, el contexto o el desarrollo del proceso revolucionario ruso, sino por las repercusiones de su onda expansiva en todo tipo de ámbitos y entre los colectivos más diversos, como podría ser el caso de los campesinos mexicanos o los anarquistas españoles, tal y como refleja el apartado sobre el mundo del trabajo. Más que estudiar la revolución rusa, el objeto de estudio se centraría actualmente en examinar cómo la revolución rusa cambió el mundo del siglo xx.

En consecuencia, no resulta extraño que el apartado con más aportaciones haya sido el de «Las miradas de la revolución»: cómo vieron y cómo se vivieron los días que estremecieron al mundo desde los lugares y las perspectivas más variadas. El volumen de comunicaciones en este campo nos obligó —para poder desarrollar un debate en condiciones— a crear una nueva división dentro de este apartado, con un ámbito relativo a las miradas cinematográficas de la Revolución, que incluía estudios de películas de carácter histórico de directores como Serguéi Eisenstein, Warren Beatty o Nikita Mikhalkov, así como trabajos sobre la recepción del cine soviético en los círculos anarcosindicalistas durante la II República española o las producciones de ciencia ficción norteamericanas durante la guerra fría, como metáforas en pantalla de la «amenaza roja». De este modo, para el ámbito original de «Las miradas sobre la Revolución» quedaron aquellas aportaciones sobre la recepción de la Revolución en ámbitos tan diversos como Cuba (con la representación que la gráfica mural de

la Cuba revolucionaria hizo de la experiencia soviética), México (con un intercambio de miradas entre las dos revoluciones), Argentina (analizando el posicionamiento del diario *La Nación* ante el proceso revolucionario ruso), Albania (a partir de las interpretaciones divergentes con motivo del LI aniversario de la Revolución en comparación con la URSS y Bulgaria), Alemania (tomando como protagonista la figura de Ernst Thälmann, el dirigente comunista durante la República de Weimar) o Barcelona (partiendo del nomenclátor de la ciudad durante los períodos democráticos). En este apartado también encontraremos los estudios sobre los testimonios de visitantes procedentes de la localidad catalana de Vilafranca del Penedès en la Unión Soviética de los años treinta, o del bailar flamenco Juan Martínez durante la guerra civil rusa, así como sobre la influencia de la psicología en la configuración de un gusto musical soviético por parte de las nuevas autoridades, y sobre la utilización del fútbol como instrumento al servicio de la diplomacia soviética. Finaliza este ámbito con las aportaciones en forma de ensayo sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la Revolución y de la URSS, y sobre los problemas historiográficos derivados de la comparación entre las revoluciones de febrero y de octubre.

Por lo que respecta al resto de los apartados, en el primero de ellos, «Primera Guerra Mundial y Revolución», encontramos una comunicación que sitúa la crisis del zarismo en el contexto de «los otros 1917 europeos», dentro una amplia oleada de movilizaciones que afectaron tanto a países beligerantes como neutrales. En el apartado relativo al papel de la mujer en la Revolución, destacan trabajos que inciden en las conquistas revolucionarias de las mujeres en todo tipo de ámbitos, como el político (con la primera constitución soviética y el derecho al voto femenino), el social (con legislación sobre el derecho al divorcio y al aborto) o el educativo (en consonancia con el nuevo papel de la mujer en la sociedad socialista). Dentro del campo de «El miedo a la Revolución», podemos constatar desde los prejuicios de los liberales cubanos a las ideas bolcheviques, hasta el anticomunismo desatado en Japón con motivo de la Expedición del Norte (1926-1928), llevada a cabo por nacionalistas y comunistas chinos, con el apoyo soviético, contra los señores de la guerra; pasando por las vicisitudes de los exiliados rusos de 1917 en Europa y su contribución al discurso antibolchevique y al miedo del contagio revolucionario.

Finalmente, el último apartado, «La implosión de la Unión Soviética», incluye la radiografía final de la época soviética, a partir de la adaptación cinematográfica de Fred Schepisi de la novela de John Le Carré *La casa Rusia*; las reflexiones sobre el impacto de 1989 para el futuro de la izquierda, dentro de la tradición de la escuela de marxismo analítico y en especial del filósofo Gerald

Cohen, y la importancia del factor nacional en la desintegración de la URSS tomando como ejemplo el caso moldavo (1989/1994).

El programa también contó con la intervención de reconocidos especialistas que contribuyeron a los debates congresuales con una serie de conferencias —que reproducimos junto a las ponencias y comunicaciones— focalizadas en aspectos más concretos pero imprescindibles para calibrar el alcance geográfico y temporal de la revolución rusa, como fueron el impacto de las revoluciones rusas en España (Álvaro Soto), el papel de la Internacional Comunista (Serge Wolikow) y la perspectiva de la Revolución en la Rusia actual (Francisco Veiga). Como actividades complementarias debemos destacar la conferencia pre-congresual a cargo de los profesores Jorge Saborido y Mercedes Saborido sobre la influencia de la revolución rusa en la izquierda argentina y uruguaya, el cine-fórum sobre la película *Octubre* (1927) de Serguéi Eisenstein, una mesa redonda —a cargo de Mariano Aragón, Martí Causa y Miquel Izard— sobre el peso de la revolución rusa en particular, y el concepto de revolución en general, en la militancia política de la izquierda del siglo xx; y finalmente la presentación del libro *Y el mundo cambió de base. Una mirada histórica a la revolución rusa* (editorial Yulca, 2017), editado por Andreu Mayayo y José Manuel Rúa, y resultado de un trabajo coral —participa un total de nueve historiadores de la Universitat de Barcelona— con capítulos que combinan la clásica narración de historia política, militar y económica del período con originales apartados dedicados a aspectos menos trabajados por la bibliografía tradicional sobre el tema como los roles de género, la aparición del anticomunismo como ideología política, la cuestión judía en el seno del proceso revolucionario o el papel del fútbol como arma propagandística y diplomática de los bolcheviques.

Estamos, por tanto, ante una recopilación de los trabajos congresuales presentados y debatidos en el marco del centenario de la revolución rusa que, entre muchas otras cosas, pone de manifiesto la acertada intuición del cineasta Serguéi Eisenstein cuando, en el momento final de *Octubre*, su película conmemorativa con motivo del décimo aniversario de la toma del poder por parte de los bolcheviques, tras el asalto al Palacio de Invierno, nos muestra la hora señalada en los relojes de diferentes ciudades del mundo como Nueva York, Berlín, Londres, París... Un momento que quedaría marcado para siempre no solo en el antiguo imperio zarista, sino también en los lugares más remotos. La onda expansiva de la Revolución daría la vuelta al mundo, y cien años después podemos afirmar que la historia de la Revolución de Octubre va más allá de la historia de Rusia. Y este libro pretende contribuir a profundizar y divulgar esta parte de la historia del corto siglo xx. Esta parte de nuestra historia.

PONÈNCIES

Entre el miedo y la esperanza. El impacto de la revolución rusa en España

Álvaro Soto Carmona

Universidad Autónoma de Madrid

La revolución rusa de octubre de 1917 constituyó el suceso histórico más influyente del siglo xx, tanto en el ámbito internacional como en las políticas nacionales o en los movimientos sociales y culturales, así como en la forma de asignar los recursos productivos en la economía. Su influencia fue decisiva en numerosos acontecimientos y estuvo presente en muchos otros.

Al conocerse en 1917 —pese a las dificultades en las comunicaciones— el triunfo de los revolucionarios, se acrecentaron las esperanzas de millones de trabajadores que veían más cerca la emancipación y la ruptura de las cadenas que los sujetaban a la explotación. Por su parte, las clases conservadoras y reaccionarias comenzaron a sentir el terror, el miedo, el peligro comunista. Aunque lo cierto era que no se valoraba adecuadamente la importancia de lo sucedido, con la excepción de Gran Bretaña. Un periodista norteamericano, William G. Shepherd, publicó un artículo en el *Everybody's Magazine* en el que sintetizaba el significado de la palabra «bolchevique» como «todo lo que el mundo teme».¹

Setenta y dos años después, con la caída del muro de Berlín (1989), se visualizaba el desplome del amplio poder que habían obtenido los partidos comunistas en todo el mundo. Aunque desde los años cincuenta era evidente la crisis del pensamiento comunista entre algunos intelectuales,² las denuncias de los disidentes,³ las dificultades de los partidos comunistas para mantenerse en el

1 RAPPAPORT, Helen. *Atrapados en la revolución rusa, 1917*. Madrid: Ediciones Palabra, 2017, p. 191.

2 Para el caso de Francia es imprescindible el libro de JUDT, Tony. *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*. Madrid: Taurus, 2007. También debe consultarse ARON, Raymond. *Memoorias. Medio siglo de reflexión política*. Barcelona: RBA, 2013. Entre los comunistas españoles causó gran impacto el libro de CLAUDÍN, Fernando. *La crisis del movimiento comunista. Tomo I: De la Komintern al Kominform*. Colombres: Ruedo Ibérico, 1970. Más tardío, aunque venía a sintetizar lo que se había ido poniendo de manifiesto, se publicó por COURTOIS, Stéphane; WERTH, Nicolas; PANNÉ, Jean-Louis; PACKOWSKI, Andrej; BARTOSEK, Karel y MARGOLIN, Jean-Louis. *El libro negro del comunismo*. Madrid: Espasa Calpe; Barcelona: Planeta, 1998.

3 Sin duda, la obra clave fue la escrita por SOLZHENITSYN, Alexandr, *Archipiélago Gulag*, 2 vols., Barcelona: Tusquets, 2005. La primera parte fue publicada en Francia en 1973 y las demás en 1975 y 1978, respectivamente.

poder y su escaso atractivo en un mundo que tendía a la globalización y en el que la democracia representativa iba ganando terreno y el mercado se imponía como la forma de asignar los recursos productivos.

Cien años después de la toma del poder por los bolcheviques, la historiografía e investigaciones referidas al tema ponen el acento en el fracaso de la experiencia soviética. Se han reducido considerablemente los libros que hablaban de éxito, y quedan como clásicos de la ciencia política y la historia algunas descripciones y análisis de gran interés realizados por protagonistas de la época, como es el caso de la *Historia de la revolución rusa* de León Trotsky. Lo cierto es que las voces a favor o en contra de lo sucedido estaban muy condicionadas por el momento en que se vivía. Así, durante el período de entreguerras convivieron la esperanza y el terror; en los años de la guerra fría, se le daba apoyo y propaganda o era el enemigo por batir; por último, desde 1989, se ha venido insistiendo en el fracaso y se presenta como experiencia que no se debería repetir.

Hoy en día el comunismo está muerto. La URSS y la mayoría de [los] Estados y sociedades construidos sobre su modelo, hijos de la Revolución de Octubre de 1917 que fue nuestra fuente de inspiración, se han derrumbado completamente, dejando tras de sí un paisaje de ruina económica y moral, de tal manera que ahora resulta evidente que el fracaso formaba parte de esa empresa desde un principio.⁴

Nuestro objetivo no es describir lo sucedido en Rusia durante 1917, pero sí la difusión e internacionalización de la Revolución, concretamente en España. Aunque debemos mencionar cuál fue el factor —a nuestro entender, decisivo— que permitió el triunfo de la revolución en octubre de 1917.

Es evidente que los presupuestos anunciados por Karl Marx no se ajustaban a la situación de Rusia, por lo que *a posteriori* se elaboró una explicación que adecuaba lo sucedido a dichos planteamientos.⁵ El país revolucionario por excelencia, según Marx, sería un país industrializado y, aunque la economía rusa había tenido un crecimiento espectacular desde 1870, en especial la industria (8% anual entre 1870-1914), todavía se mantenía muy alejada de países como Gran Bretaña o Alemania. Era una recién llegada al mundo del desarrollo, y su modernización industrial se concentraba en sectores como el petróleo y el acero, donde tenía tasas de crecimiento más altas que Estados Unidos, Gran Bretaña o Alemania.

4 HOBBSAWM, Eric. *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2002, p. 125.

5 FUSTI, Juan Pablo. «El mito de la revolución soviética». *Política Exterior*, vol. v, núm. 22, otoño de 1991, pp. 122-132.

Llamaba la atención la elevada concentración del proletariado industrial, mayor que en Estados Unidos, lo que sin lugar a dudas facilitó la influencia de los agitadores, las repercusiones de las huelgas y la toma de conciencia de clase. Este hecho favoreció el incremento del movimiento huelguístico desde 1912 y dio lugar a la utilización de la represión por parte de las autoridades, lo que convirtió la presencia de la violencia en un hecho estructural. Entre enero de 1908 y mayo de 1910 fueron asesinados más de setecientos funcionarios. En la primavera de 1912, una huelga en los yacimientos de oro de la cuenca del Lena, en Siberia suroriental, fue reprimida por las tropas del ejército zarista, con un resultado de quinientos muertos o heridos.⁶ A ello se añadía que el liderazgo del movimiento obrero no era unitario (social-revolucionarios, anarquistas, mencheviques o bolcheviques competían entre sí), sino esporádico, y recogía demandas anticapitalistas de forma muy puntual.

La gran mayoría de los trabajadores pertenecían a un sector agrario atrasado, pese a las ambiciosas reformas emprendidas por Stolypin, que supusieron un fracaso al no lograr la formación de granjeros acomodados sobre los que el régimen zarista pudiese apoyarse. Un tercio del campesinado no poseía tierra alguna, la tracción mecánica era prácticamente desconocida, en más de una tercera parte de las granjas no había ningún tipo de herramienta agrícola y en el 30% de ellas no había ni una sola cabeza de ganado.⁷

Las desigualdades sociales eran muy profundas. Desde el punto de vista político, las medidas liberalizadoras se fueron limitando tras la revolución de 1905 (giro autocrático de 1907) y más tras el inicio de la Primera Guerra Mundial, cuando se potenció el protagonismo de la figura del zar, lo que incrementó el autoritarismo y el rechazo de la población hacia el soberano, su familia y el entorno corrupto en el que este confiaba.

La Revolución de Febrero de 1917 no puede calificarse como una revolución democrático-burguesa, ya que sus planteamientos estaban desvirtuados por una situación de hambre generalizada, descomposición del ejército y de la policía y un liderazgo muy débil en una situación marcada por una dinámica de doble poder: la Duma y el sóviet de Petrogrado, al que se añadió el de Moscú. Fue una revolución popular, espontánea, que dio el poder a fuerzas políticas muy diversas —conservadores, liberales y socialistas moderados—, donde el solitario e irregular liderazgo de Aleksandr Kerensky fue capaz de alargar la

6 GERWARTH, Robert. *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017, p. 50.

7 DEUTSCHER, Isaac. «La revolución soviética». En MOWAT, C. L. (dir.), *Historia del mundo moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945*. Barcelona: Ramón Sopena, 1980, p. 304.

situación de provisionalidad, pero sin poder hacer frente a los problemas del hambre, el reparto de tierras, la descomposición de la policía y las fuerzas armadas o las derrotas en los campos de batalla de Europa.

Desde el inicio de la guerra, con la «gran retirada» en la frontera occidental, el descontento entre los soldados fue en aumento, y se asistió a continuos amotinamientos o al rechazo al reclutamiento forzoso en las zonas rurales. A ello se añadía el malestar en los núcleos urbanos, donde las huelgas en sectores como el textil o la metalurgia fueron numerosas. En el distrito fabril de Viborg, en Petrogrado, los disturbios eran frecuentes y cada vez era mayor la oposición de los soldados a disparar contra los manifestantes.

La guerra se convirtió en combustible que alimentaba la revolución. Ya lo había denunciado Rosa Luxemburgo, que anunciaba la podredumbre de la sociedad burguesa —con un «insoportable olor a cadáver», según Lenin—, cuyo dilema era el caos y la anarquía o la revolución. La guerra «imperialista exacerbó las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su inmovilidad», en palabras de Trotsky. A la guerra se unió el descontento de los campesinos, que sufrieron continuas confiscaciones, las movilizaciones y revueltas de los obreros y la indisciplina de los soldados. El lema bolchevique respondía plenamente a dichos problemas: «Pan, tierra y paz».

La guerra se convirtió en una actividad donde toda la población participaba (el servicio militar obligatorio, excepto en Gran Bretaña, se había extendido a todos los países europeos), era protagonista de ella y sufría sus consecuencias. La guerra mundial hizo cierta más que nunca la afirmación de Carl von Clausewitz de que la guerra era la continuación de la política por otros medios; y no era solo producto de las contradicciones del imperialismo a nivel mundial, como afirmaban los bolcheviques, sino de las políticas internas de cada uno de los países participantes. El conflicto bélico originó o hizo emerger numerosos problemas internos en todos los países, y en algunos de ellos se presentó como un «conflicto de clases». Fue el caso de Rusia, donde la guerra se convirtió en un «catalizador social». Pero también hubo «conflictos nacionalistas» entre países con distintas identidades, radicalizadas en un contexto de recomposición de fronteras, o «conflictos étnicos», como el habido entre los turcos contra los armenios, o la utilización del antisemitismo al culpar a los judíos tanto de la contrarrevolución como de la revolución, y por último conflictos religiosos con una fuerte carga anticlerical.⁸

La guerra fue devastadora como nunca lo había sido antes. Murieron entre ocho y nueve millones y medio de soldados, a los que habría que sumar los

⁸ REY, Fernando y ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel (dirs.). *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*. Madrid: Tecnos, 2017, pp. 9-38.

muertos civiles, especialmente numerosos en Rusia, el imperio otomano y Alemania. Si incluimos también a los heridos, habría que añadir más de quince millones de personas.⁹ En el caso de Rusia, la cifra oscila entre un millón setecientos mil y dos millones de soldados muertos, según las fuentes, más un millón y medio de civiles fallecidos. Esta situación, unida a la incapacidad del Estado Mayor ruso para hacer frente en el campo de batalla al ejército alemán, generó una intensa frustración.

Los partidos políticos en Rusia no cuestionaban la guerra, y menos aún el apoyo a las potencias que formaban la Triple Entente. Los únicos que vieron que la guerra podía ser decisiva para inclinar la balanza a su favor fueron los bolcheviques. Estos últimos la entendieron como la causa que conduciría al fin del Estado zarista, que podía ser reemplazado por los bolcheviques y los sóviets que se iban constituyendo. Aquí sí es importante manifestar que la dinámica de doble poder, descrita por Trotsky y apoyada por Lenin en las *Tesis de abril*, abrió un espacio político que, unido a la iniciativa y a la agresividad de los grupos bolcheviques, permitió la toma del poder en octubre de 1917. De lo que se trataba era, una vez tomado el poder, de consolidarlo, para lo cual era necesaria la salida de la guerra, la cesión de importantes espacios territoriales y la extensión de la revolución a otros países. Así se manifestaba el gobierno revolucionario:

A los ciudadanos de Rusia. El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del sóviet de diputados, obreros y soldados de Petrogrado [...]. Los objetivos por los que ha luchado el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético— están asegurados.¹⁰

El triunfo bolchevique fue recibido con júbilo en Alemania. Los países aliados subestimaron tanto la viabilidad del régimen bolchevique como la amenaza que suponía para el orden europeo. Solo los británicos advirtieron dichos peligros.

El nuevo gobierno revolucionario se enfrentaba a dos retos: por un lado, la convocatoria de la asamblea constituyente; por otro, salir de la guerra. El primero lo afrontaron en minoría, por lo que, una vez que los bolcheviques vieron que no podían controlarla, no dudaron en disolverla. El segundo fue un tema

9 ARTOLA, Ricardo. *La I Guerra Mundial. De Lieja a Versalles*. Madrid: Alianza, 2014, p. 158.

10 LENIN, V. I. «A los ciudadanos de rusia», *Obras Escogidas en Tres Tomos de V. I. Lenin*. Moscú: Editorial Progreso, vol. II, 1960, p. 480.

que ocasionó discrepancias internas. Los bolcheviques confiaban en la internalización de la revolución y ello era vital para no tener que realizar importantes concesiones a sus enemigos, pero el deterioro de las relaciones con los aliados los condujo a considerar imprescindible una paz por separado con Alemania, en una clara posición de inferioridad.¹¹ A ello también contribuyó la continua presión de los ejércitos alemanes y la cada vez mayor desintegración del ejército ruso.

La paz —con importantes cesiones territoriales— se concretó el 3 de marzo de 1918 con la firma del tratado de Brest-Litovsk, en el que se declaraba el fin de la guerra y Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Ucrania y Besarabia. Fue firmado por el imperio alemán, Bulgaria, el imperio austro-húngaro y el imperio otomano, por una parte, y la Rusia revolucionaria, por otra. «El tratado pasó a los anales de la historia como un clásico ejemplo de paz draconiana y de castigo».¹²

El período que siguió tras el final de la guerra mundial se constituyó como una «era de las catástrofes», en acertada calificación de Eric Hobsbawm, o de «guerra civil europea».¹³ A ello contribuyó de forma decisiva lo ocurrido en Rusia. La toma del poder por los bolcheviques dio inicio a una etapa de inestabilidad marcada por la guerra civil y el «comunismo de guerra» como política económica, sustituida a comienzos de los años veinte por la Nueva Política Económica, una especie de capitalismo de Estado, y por la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a finales de 1922.

En el resto de los países del Viejo Continente se abrió un período de intensa inestabilidad caracterizado por el fin de los imperios, con la consiguiente reordenación de fronteras, reajustes económicos y crisis social. Esta última se debió a la irrupción de las masas en el juego político y a la posibilidad, cierta en este caso, de que el ideario de la izquierda revolucionaria se pudiera extender, al contar con una referencia idealizada de Rusia, que pasó a ser una amenaza real presente durante todo el período de entreguerras. Así, el comunismo se convirtió en un modelo de encuadramiento de las masas ante su demanda de participación en el juego político.

El viejo modelo de poder establecido a lo largo del siglo XIX —la alianza entre los propietarios de la tierra y las emergentes clases empresariales, apoyada en la desmovilización o exclusión de los sectores populares— entró en crisis

11 PIPES, Richard. *La revolución rusa*. Barcelona: Penguin Random House, 2017, pp. 665-666.

12 KENNAN, George. «La Unión Soviética de 1917 a 1939». En MOWAT, C. L. (dir.), *Historia del mundo moderno...*, *op. cit.*, p. 327.

13 NOLTE, Ernest. *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*. México: FCE, 2011; TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*. Valencia: PUV, 2009.